

el cerebro. Con la misma crueldad dieron la muerte á su compañero Fabian Vazquez. Conseguida esta bárbara victoria, corrieron otra vez á la iglesia, despedazaron los altares, arrojaron por tierra y pisaron con escárnio las estátuas sagradas, buscaron con grandes ansias el vaso de los Santos Oleos y los derramaron, diciendo: aquí están los aceites con que este nos mataba. Lo mismo hicieron con las sagradas formas, profanando los vasos y vestiduras santas que repartieron entre sí. Hicieron todo esto con tanta aceleracion, que ántes de salir el sol habian ya desamparado todos el pueblo de Papigochi y retirádo-se á los montes.

Diligencias practicadas despues de este suceso.

Tal fué el éxito glorioso del padre Cornelio Bendin, varon dotado de todas las cualidades necesarias para el ministerio evangélico: de una mansedumbre y dulzura inalterable: de una grande fortaleza de espíritu para emprender cualesquier trabajos por la gloria de Dios: de un celo ardiente por la salvacion de las almas; pretendió con ansia desde estudiante en Flandes la mision del Japon. No habiendo podido conseguirla por la revolucion de Portugal, tuvo por un singular favor ser nombrado para las de Nueva-Vizcaya, y aun se creyó haber tenido noticia del género de muerte que le esperaba por medio de una alma favorecida de Dios. Lo que hemos escrito y escribiremos de él y de otro compañero que le siguió presto, se ha tomado de las informaciones que por mandado del ordinario y á peticion del padre provincial Andrés de Rada se hicieron en la villa de Aguilar, en el Parral y en Durango, para remitirse á la curia romana. Luego que en la villa se tuvo la noticia, pasó á Papigochi el capitan Diego de Lara y Trujillo, justicia mayor, y con algunos soldados. Hallaron los cuerpos desnudos al pié de la cruz. El del padre tenia cinco flechazos de la cintura arriba, y dos en los dos brazos: tres golpes de macanas en la cabeza ácia á la frente, y otro en el cerebro, fuera de algunas otras contusiones. Se observó que al padre no habian cortado parte alguna de su cuerpo, como es costumbre general de estas naciones para celebrar sus bailes. Al soldado le habian quitado la cabellera con todo el casco. Recogidos todos los pocos restos de cosas tocantes al servicio de la iglesia, dieron vuelta á la villa llevando los cuerpos, y depone con juramento el mismo D. Diego de Lara que habiendo tenido el cuerpo del padre en las casas de su vivienda por casi treinta horas, se enterró dia de páscoa de Espíritu Santo, que fué á cinco de junio, estando tan blando y tratable, que parecia estar vivo. De la villa de Aguilar, pa-

só luego la noticia al gobernador, que estaba en el Parral. Se dió orden luego al capitan Juan de Barrasa que pasase á la villa, y miéntras este venia, marchó con toda la gente que pudo juntar de españoles é indios amigos del capitan Juan Fernandez de Morales. Son muy dignas de notarse las palabras que este piadoso caballero escribió al padre Nicolás Zepeda con fecha 15 de junio. Yo (dice) me tengo por muy dichoso en haber sido el primero que vino á esta averiguacion y á hacer guerra en desagravio del vilipendio con que trataron estos bárbaros á este santo religioso que tanto bien les habia venido á hacer, y desacato al altar y santos colocados en él. Confio en Dios que ántes que yo vuelva á poblado he de ver el castigo de estos, y la mision ocupada por otro padre de la misma religion, y esa villa y su distrito muy aumentada por los méritos y sangre con que está regada de este protomártir de ella, &c. Juntos los dos campos, determinaron marchar en seguimiento del enemigo, conforme á la orden que tenian del gobernador. Los rebeldes ocupaban un sitio muy defendido por naturaleza. Era un peñol bastantemente alto, aislado de dos arroyos, cuyos altos bordes del lado del monte hacian dificil la subida. Enseñados por lo que habian visto obrar á los españoles en semejantes lances, habian añadido la industria á la naturaleza, impidiendo los pasos, y formando de trecho en trecho una especie de trincheras con grandes piedras y gruesos troncos, á que agregaron algunas cortaduras donde lo permitia el terreno.

Quizá jamás, desde los tiempos de la conquista se habia visto en los indios mas regular y mas vigorosa resistencia. Es verdad que les favoreció no poco la vanidad y la imprudencia del capitan que habia venido del Parral. Estando ya en las cercanías de este puesto que convenia atacar, mudó repentinamente el orden de la marcha, dijo que á él le tocaba la vanguardia, y que el capitan Barrasa debia quedarse en la retaguardia á cuidar del bagage miéntras que él asaltaba el peñol. No duró largo tiempo la contienda. El capitan Barrasa, hombre de mucho seso y prudencia, condescendió con su vanidad, y se quedó con algunos pocos soldados al asiento y disposicion de los reales en que debian alojarse. El capitan Fernandez marchó con los demas al asalto; bien que fuese igual el valor, era muy desigual el número y la naturaleza del terreno. De nuestro campo apénas eran trescientos hombres entre españoles é indios aliados; los rebeldes eran cerca de dos mil, y colocados en lo alto apénas perdian flecha. Los nuestros ha-

Sigue la historia de la guerra de los tarauacanos y de su victoria.

Vigorosa resistencia de los tarauacanos y éxito infeliz de la jornada.

bían de luchar al mismo tiempo con la dificultad de la subida, habian de abrirse camino apartando las piedras, troncos y broza con que lo habian cerrado los enemigos, tenían que defenderse de las flechas y de las piedras y árboles que rodaban sobre ellos de lo superior del monte. En vencer estas dificultades inútilmente todo el día, el capitán Fernandez, amenazando ya la noche y fatigada la gente, hubo de retirarse avergonzado á los reales, que lo mejor que pudo habia fortificado el capitán Barrasa. La noche se pasó con bastante cuidado, y á la mañana despues de haber dicho misa el padre Vigilio Maez, que acompañaba el campo, se juntó consejo. Se determinó que no se debía asaltar el peñol antes de enviar por socorro de mas gente: que solo se debía procurar atraer á los enemigos al llano, no siendo posible sitiarnos por la poquedad de nuestros soldados. Efectivamente, se contuvieron los nuestros en su campo. Los enemigos, engreidos del suceso del día anterior, lo atribuyeron á temor, y bajaron á insultarlos. Lo mismo hicieron consecutivamente seis días sin considerable ventaja de una ni otra parte. En el sétimo, en un recodo que hacia uno de los rios cubierto de espesa arboleda, dispusieron una emboscada de mas de cien hombres, y no dejando sino los precisos en la altura, bajaron los demas con grande alarido ácia el real. Se trabó muy en breve la batalla. Los indios, con una fuga maliciosa se retiraban todos ácia aquella parte donde tenían apostada su gente. Esta traza les salió tan felizmente como pensaban. El capitán Fernandez viéndolos huir precipitadamente y no sospechando que en gente tan inculta cupiese semejante astucia, los siguió con ardor acompañado de algunos españoles. Su temeridad estuvo para costarle muy caro. Empeñados ya en el bosque, vuelven los fugitivos la frente y comienzan á llover flechas de todas partes; al mismo tiempo se muestran á la espalda los que estaban de refresco, y los envuelven de todos lados. Un español cayó vivo en manos de los rebeldes. El capitán y los demas se vieron en gravísimo peligro, y á no haber enviado el capitán Barrasa algunos de á caballo que sostuviesen á los de á pié, hubieran quedado todos en el campo. Con el nuevo socorro, los enemigos ganaron las alturas y les dejaron tiempo para una quieta retirada. Al prisionero que habian llevado consigo, quitaron la vida poco despues á vista de los demas españoles. Se supo al día siguiente que habia llegado á los alzados un socorro de mil hombres. En el campo español, por el contrario, cada día era ménos el número; el socorro pretendido no se podia esperar ni tan

numeroso ni tan breve, como se habia menester. Las provisiones de guerra y de boca, comenzaban ya á faltarles, despues de una resistencia no imaginada. No se pensó, pues, sino en retirarse á la villa; pero apenas podrian hacerlo sin pérdida, si lo sentian los enemigos. En este conflicto, quiso Dios que amaneciese un día lloioso y nublado que prometia una oscurísima noche. Desde la mitad de la tarde se comenzaron á disponer las cosas para la marcha con el mayor recato y silencio, porque no se diese indicio alguno de turbacion á los enemigos. Se dió órden á los indios confederados que encendiesen las luminarias ordinarias y que permaneciesen en su canto acostumbrado hasta muy tarde de la noche. Luego que oscureció, comenzó á marchar la gente y el bagage que al amanecer estaban fuera de todo riesgo en el valle de Papigochi. Los indios aliados, despues de haber tenido engañados á los rebeldes con la candelada y con el canto, partieron tambien, y caminadas mas de diez leguas, se habian ya á la mañana juntado con la tropa.

No pudo el gobernador D. Diego Fajardo saber el éxito de esta jornada sin una grande indignacion. Le dolia mucho que los enemigos se hubiesen quedado no solo sin castigo, pero aun vanagloriosos de una retirada que tenia tantas apariencias de fuga. Dispuesto con suma diligencia todo lo necesario, aunque ya estaban muy entradas las aguas, marchó á grandes jornadas ácia el peñol, en que aun permanecian los alzados. El era el primero en el paso de los rios y en la subida de los cerros con el fusil al hombro. Al primer asalto, los rebeldes, aunque por entónces no era muy grande el número, resistieron valerosamente sin que se les pudiese ganar trinchera alguna. No desmayó el gobernador, y á la mañana siguiente mandó acometer por dos partes para divertir las fuerzas del enemigo. Este se defendia con valor, pero no con la misma fortuna que otras veces. Murieron en ambos ataques muchos de los suyos, y los mas valerosos, entre ellos el que gobernaba á los demas y habia sido el principal agresor en la muerte del misionero. De los nuestros se echaron ménos tres de los mas valerosos soldados, y algunos de los indios amigos. El gobernador recibió algunas heridas, aunque ninguna de flecha emponzoñada. Los rebeldes, privados de su capitán y favorecidos de la oscuridad de la noche, desampararon el puesto. A pesar de las grandes y continuas lluvias, se les siguió hasta Tomochic, cuyo rio que no ofrecia vado alguno, detuvo al gobernador y le hizo tener algunas juntas. En ellas se le instó

Sigue la empresa el gobernador y castiga á los rebeldes.

siempre á que se retirase á curar á la villa. No condescendió sino con mucha dificultad á las vivas representaciones del padre José Pascual, superior de aquellas misiones, que lo acompañaba en esta espedicion. En efecto, su natural ardiente y deseoso de la gloria de las armas no era muy á propósito para tratar con los indios y para reducirlos á los medios de paz, que era el principal intento, y que ausente él se consiguió con facilidad, como veremos adelante.

Décimacuarta congregacion provincial.

Entre tanto, en México por orden del padre provincial Andrés de Rada, se habia juntado la congregacion provincial para el dia 12 de junio, en que fué elegido secretario el padre Márcos de Irala, y el 14 nombrados procuradores los padres Baltazar Lopez y Diego de Salazar. Fué esta la décimacuarta congregacion que se habia celebrado en la provincia. En ella se leyó á los padres congregados una cédula de S. M. en que encargaba al padre provincial y á toda la provincia la especial asistencia á la persona del Exmo. Sr. D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alva de Liste, que acababa de llegar á estos reinos, y tomó posesion del vireinato en 3 del sigaiante mes de julio. Favoreció S. E. con muestras de particular estimacion á la Compañía en todas las resultas del pasado litigio. A los tres dias del mes de julio asistió á una secreta audiencia, en que mandó determinar la causa de los prebendados, presos ó desterrados de Puebla. Se despachó el mismo dia real provision para que las justicias de dicha ciudad y obispado, auxiliasen al juez que enviase el Sr. arzobispo á la ejecucion de su auto proveido en 6 del antecedente mes de junio, en que mandó fuesen libres de la cárcel y restituidos á sus prebendas con sus bienes y emolumentos, y declaró que no hacia fuerza dicho Sr. arzobispo, á quien como á metropolitano se habia apelado de la causa en no conceder la apelacion, que el promotor fiscal de dicho obispado de la Puebla habia interpuesto para ante el Sr. obispo de Oaxaca. En consecuencia de esta real provision, el Sr. arzobispo despachó por executor de ella al Lic. D. Juan de Racinas, clérigo presbítero, su mayordomo, y por notario á Melchor Suarez, secretario de provincia, y que lo habia sido del Illmo. S. D. Juan de Palafox en el tiempo de su visita.

Aviso del cielo á un calumniador de la Compañía.

No podemos, ya que hemos vuelto á tratar de este asunto, pasar en silencio un caso muy autorizado, y con que Dios quiso volver por el honor de la Compañía. Habian quedado muchos ánimos muy enagenados, y aun muy mal impresionados desde el pleito con el Sr. obispo de la Puebla. Entre estos, el Br. José Lopez de Olivas, clérigo

subdiácono de la ciudad de México, no perdia ocasion de hablar contra la Compañía y sus religiosos, con una libertad que causaba escándalo. Quiso el cielo amonestarlo del modo que refiere él mismo por las palabras siguientes: „El Br. José Lopez de Olivas &c.” † Esta firma, por auto del Sr. provisor D. Pedro Barrientos, proveido en el dia 14 de octubre del mismo año de 50 ante Francisco Bermeo, notario receptor, se mandó reconocer bajo de la religion del juramento; y efectivamente, habiendo el (vicario) notario Pedro de Sa leido la dicha certificacion de dicho Br. José de Olivas en 16 del mismo mes, se ratificó con juramento en ser verdad cuanto en ella se contiene, y ser aquella su firma, como consta de instrumento original que se guarda en el archivo de provincia.

Por este mismo tiempo fueron celebrados y notorios los repetidos sudores de la estátua de la Concepcion de nuestra Señora, que se veneraba en la capilla del Ingenio de Xalmolonga, perteneciente al colegio de S. Pedro y S. Pablo de México, en la jurisdiccion de Malinalco. Este prodigio habia comenzado desde el mes de diciembre del año antecedente en presencia del Rmo. P. Fr. García Baca, vicario provincial del orden de la Merced, y del Lic. D. Gerónimo de Soria y Mendoza, vecino de las minas de Temascaltepec, que lo atestiguaron con juramento ante el escribano Juan de Soria Villegas, que á mas de eso dió fé y testimonio de otras tres ocasiones en que él mismo fué testigo ocular de la maravilla. Las dos últimas fueron en los dias 31 de octubre y 1.º de noviembre del año que tratamos, y porque este testimonio hace relacion de los otros dos, nos ha parecido ponerlo aquí solamente, y dice así: „Juan Soria de Villegas, escribano público por S. M. del pueblo, provincia y jurisdiccion de Malinalco y Tenantzingo, certifico, doy fé y verdadero testimonio, á los que el presente vieren como hoy 1.º de noviembre de este presente año, estando asistiendo al padre Gaspar Varela, religioso coadjutor de la Compañía en una enfermedad de que está en cama en este Ingenio de Xalmolonga, perteneciente al colegio de S. Pedro y S. Pablo de México, que el dicho padre administra; hoy dicho dia como á las cuatro de la tarde, yendo á barrer la iglesia un mozo español llamado Juan Bautista, que sirve en dicho Ingenio, halló sudando el rostro de la imágen de nuestra Señora, la misma de que de haber sudado en mi presen-

Sudores de la imágen de la Concepcion de Xalmolonga.

Año de 1650.

† Es sensible que en el manuscrito falte este relato y parece que se suprimió de intento.

cia á 11 de diciembre de 1649 y ayer 31 de octubre de este presente año, tengo dado testimonio; y llamado hoy dicho dia el dicho Juan Bautista á mí, el presente escribano, y á los testigos de suso, bajamos á dicha capilla, y ví que todo el rostro de la dicha imágen le estaba brotando sudor, y de la niña del ojo izquierdo le salía una gota gruesa como lágrima; é yo, el escribano, bajé la dicha imágen para limpiarle el sudor por no haber sacerdote que lo hiciera, y habiéndolo limpiado, quedó con una hermosura que causaba al mismo tiempo gozo y respeto á todos los presentes. Y para que conste de tan raros milagros, como Dios obra en esta imágen, retrato de su verdadera y pura Madre, de oficio lo asiento por testimonio, que es fecho en este Ingenio de Xalmolonga, jurisdiccion de Malinalco, hoy 1.º de noviembre de 1650 años, siendo testigos á lo ver dar, y á este milagro D. Juan de Hermosilla y Córdova, encomendero de Malinalco, D. Nicolás Aragnés, su hermano, D. Nicolás de Lescano, D. Nicolás de Santa Maria, Pedro Bautista, Lúcas de Robles, Juan de Ugarte, Miguel Perez, José Felipe Carbajal, Sebastian de Palacios, Juan Correa, y el dicho Juan Bautista, españoles, y otras personas, vecinos y estantes en el pueblo de Malinalco, é hago mi signo en testimonio de verdad.—*Juan Soria de Villegas*, escribano público.

Fin del libro setimo.

HISTORIA

DE LA PROVINCIA

DE LA COMPANIA DE JESUS

DE

NUEVA-ESPAÑA.



LIBRO VIII.

SUMARIO.

Congregacion intentada en la Profesa. Muerte de los procuradores. Temblores en Guatemala y su fruto. Muerte del padre Diego de Mendoza, y hermano Alejandro Suarez. Sucesos de Taramares. Muerte de los padres Diego de Vandercippe, y Nicolás de Estrada. Diferencias sobre el curato de Tepotzotlán. Peticion de los indios. Respuesta fiscal. Intentos del Sr. obispo de Guadiana. Real provision. Entrada á Taramares del padre Antonio Jacome Basile. Rebelion de los indios. Muerte del padre y sus circunstancias. Hostilidades de los bárbaros. Expedicion desgraciada de los españoles. Fin de esta jornada. Sucesos de Parras. Peticion del cabildo de Chiapa y su respuesta. Muerte del padre Domingo de Albuquerque y hermano Alonso Tello. Exito de la doctrina de Tepotzotlán. Sucesos de Sonora. Carta del padre Gerónimo de la Canal. Paces con los guasdabas y sumas de Sonora. Décimaquinta congregacion provincial. Jubileo de misiones en Mérida. Jubileo perpétuo en México. Mision á la Habana. Transacion sobre el pleito de S. Andrés. Muerte del padre Juan del Real. Congregacion de S. Francisco Javier. Sucesos de misiones. Donación de Guadalajara, y representacion del gobernador y cabildo de Mérida. Jura de S. Francisco Javier en México. Dotacion del colegio de Valladolid. Liberalidad